

DECRETO NUMERO 273 DE 1908

(9 DE MARZO)

sobre honores á la memoria de un Agente diplomático

El Presidente de la República de Colombia

CONSIDERANDO

Que ha fallecido en Lima el Sr. Dr. D. SAMUEL RAMÍREZ ARBELÁEZ, en ejercicio de las funciones de Encargado de Negocios de Colombia, y que en este puesto, así como en los de subsecretario de Gobierno, miembro del Cuerpo Legislativo y varios otros elevados cargos públicos, se acreditó como eminente patriota y distinguido servidor de la República,

DECRETA

Art. 1.º El Gobierno de Colombia lamenta la muerte del Sr. Dr. RAMÍREZ ARBELÁEZ y recomienda su memoria á la gratitud de los colombianos.

Art. 2.º El pabellón nacional permanecerá izado á media asta en el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante tres días, en señal de duelo.

Art. 3.º Copia de este Decreto se enviará, con nota de estilo, á la señora madre del finado.

Publíquese.

Dado en Bogotá, á 9 de Marzo de 1908.

R. REYES

El Ministro de Relaciones Exteriores,

A. VÁSQUEZ COBO

~~~~~

## EN EL MAR

Han pasado ya doce años desde el tiempo en que tuvo lugar esta historia: el Padre José, sacerdote marista, evangelizaba por aquel entonces la isla Levuca, situada en la Oceanía.

Los incesantes trabajos de un largo apostolado, las fatigas de aquella lucha, cuyo fin único era salvar almas, habían surcado su rostro con huellas profundas y logrado inclinar hacia tierra su robusto cuerpo.

Una tarde regresaba con fatigado paso á su pobre vivienda, de un largo y penoso viaje á través de la isla, cuando hirió sus oídos el eco de sentido llanto.

Inquieto y sorprendido, dirigió el Padre sus pasos hacia donde oíase el llanto, y vio sentado al pie de un plátano, medio desnudo y escondida la cabeza entre sus manos, un pobre niño de diez á doce años, que lloraba á lágrima viva.

—¿Qué tienes?, le preguntó el Padre, lleno de compasión, ¿por qué lloras?

—Mi madre se ha ido á la casa del Gran Espíritu, gimíó la infeliz criatura, mi madre ha muerto.

—¿Y tu padre?

—Ha muerto también, y yo moriré muy pronto, pues Samoa no tiene nadie en este mundo.

Y el niño seguía llorando, sin atreverse casi á fijar en su interlocutor su tímida mirada.

El Padre José levantó al cielo sus ojos humedecidos por las lágrimas, y pidió consejo al Señor. Después, fijándolos en el huérfano, dijo:

—Samoa, ¿quieres venir conmigo? Te amaré como te amaba tu madre, y aprenderás á conocer al verdadero Dios.

Admirado al oír este lenguaje lleno de dulzura, sorprendido al ver que no se le maltrataba, el niño secó sus lágrimas y siguió al sacerdote.

El misionero pronto amó con singular afecto al tierno hijo de la Oceanía. Abrióle los tesoros que encerraba su corazón lleno de ardiente caridad; el niño á su vez sentía hacia su salvador la más profunda amistad, la amistad que sienten los desheredados de la tierra hacia aquellos que les aman con verdadero amor. Caía la tarde y en la

humilde vivienda el Padre José instruía á Samoa, quien extasiado oía la palabra sagrada. ¡Dios le amaba! ¡le protegía! ¡En el cielo tenía una Madre muy poderosa, muy rica! Estas enseñanzas, para él tan consoladoras como nuevas, eran para su inocente alma continuo objeto de admiración.

La instrucción del joven neófito adelantaba. Ya el agua santa había mojado su frente. Pronto podría recibir por vez primera la sagrada Comunión.

Pero un día, al regresar de un penoso viaje al interior de la isla, el Padre José sintióse atacado por fuerte fiebre. Acurrucado cerca de la estera donde yacía su único protector, lloraba el pobre Somoa: atento á los menores movimientos del enfermo, permaneció largas horas á los pies de su lecho, rogando á la piadosa Madre del cielo que salvara á su amigo.

El misionero no murió, pero en pocos días envejeció largos años. Débil, tembloroso, sin fuerzas, vióse obligado, con todo el pesar de su corazón, á renunciar al apostolado.

Un joven, hermano suyo en religión, fue designado para continuar su obra, y el regreso á la patria quedó resuelto. Pero, ¿y Samoa? ¿Dejarlo en Oceanía? Posible era que la tristeza de la separación le causara la muerte. ¿Lo llevaría á Francia? El Padre carecía de bienes de fortuna; ¿quién se encargaría del huérfanito?

—Vendrá conmigo, dijo después de no poco dudar el misionero; entre las gentes de mi país no faltan almas generosas; Dios proveerá.

Algunas semanas después un sacerdote de blancos cabellos, demacrado rostro, encorvado talle, temblando al influjo de la fiebre, subía acompañado por tierno niño á bordo del *Saint Colomban*, buque pronto á emprender su viaje en dirección al Havre. Dio el Capitán la última señal, y las velas, cual alas de ave marina, fueron izadas, y pronto, al impulso de suave brisa, empezó á deslizarse majestuosa

entre olas azules la altiva embarcación. De pie en la cubierta del buque veíase el misionero, y á su lado el joven hijo de la Oceanía: el viejo, mirando la tierra, hizo la señal de la cruz y enjugó sus húmedos ojos; el niño batía palmas alborozado.

El primero, separado para siempre jamás de una tierra donde había visto deslizarse veinte años de su vida consagrados por completo á su Dios, y donde dejaba sus recuerdos más vivos, sus afectos más tiernos, tierra á donde le trajo la vocación santa, á cuyo impulso y desde sus primeros años latía alborozado con ingenuo goce su corazón.

Para el segundo el viaje presentábase lleno de encantos, de ilusiones, de novedad, y al final de él veía la realización de su esperanza suprema, de su dicha mejor, veía lleno de sol y belleza el día más feliz de su vida, el día de su primera comunión; día en que preparado su pecho con todas las virtudes que supiese atesorar, formando bello ramillete de las más puras y olorosas flores que nacían en los frondosos valles de su patria, veía entrar y reposar entre ellas al Criador de cielos y tierra, al Criador del mar, al Dios que se esconde en la blanca hostia.

La primera mitad del viaje fue magnífico. El *Saint Colomban* deslizábase cual blanca gaviota. El mar estaba tranquilo y el cielo azul.

Un viejo marino del país de Armor, Ivon Le Braz, hombre cristiano y valiente, amó con singular afecto al niño; éste, que temió al ver el bronceado cutis y oír la ruda voz del marino, acabó por acostumbrarse á ello, y tratándolo con frecuencia vinieron á ser muy buenos amigos. Cuando las faenas del buque dejaban un rato libre al marinero, sentábanse uno al lado de otro sobre grandes rollos de cuerda.

El viejo contaba, con voz unas veces majestuosa, otras grave y solemne, y otras triste y llena de melancolía y misterios, largos y variados relatos. Contaba las glorias de

Santa Ana, que muchas veces ha salvado á los marinos en los riesgos de la mar, la encantadora y poética leyenda de Saint Guenolé, y las leyendas tiernas y melancólicas que á la caída de las tardes de invierno recuerdan los viejos bretones sentados al rededor de sus negras y humeantes chimeneas.

El niño abría sus tímidos ojos al oír el relato de tantas maravillas, y tomaba parte en la conversación, siendo escuchado con vivo interés por el marino, quien varias veces exclamaba conmovido:

—Tú, chiquillo, decíale golpeando suavemente con sus callosas manos las mejillas del niño, serás un grande, un célebre marinerero de Dios, y navegarás, desplegadas las velas todas y henchidas por el más favorable viento, hacia la patria verdadera, hacia el cielo.

La travesía continuaba feliz, cuando una mañana el cielo cubrióse de repente con negro y amenazador nublado; una que otra ráfaga de fuerte viento silbó entre el velamen y cordaje del barco; pocas y gruesas gotas cayeron sobre cubierta y sobre las olas del mar, que empezaban á mugir cual recordando su poder y grandeza, que adormecidas por suave brisa llegaron á olvidar, y de súbito la tempestad se desencadenó furiosa, horrible. Sacudido cual leve paja por las rugientes olas, el *Saint Colomban* crujía cual si lanzara profundos gemidos de dolor. Al medio día calmó algo el viento, pero el buque, desmantelado, sin gobierno, arrebatada por un golpe de mar una de las barcas que para el salvamento tenía, quedaba á voluntad de las olas. Sin embargo, el peligro, al parecer, había desaparecido.

Cuando la mar hubiese recobrado la perdida calma, el carpintero de á bordo repararía las averías todas, y podrían continuar la travesía; el único perjuicio serían algunos días de retardo. Pero Dios permitió sucediese de modo muy distinto. La esperanza había renacido en los corazones, cuando de súbito oyeron un horrible crujido.

El buque acababa de chocar y el agua entraba por enorme vía.

¡*Las barcas á la mar!*, mandó el capitán, y al instante las dos chalupas que se habían salvado del temporal, fueron arrojadas al agua. Entonces prodújose una escena indescriptible.

No había sitio para todos; oído esto, los marineros, llenos de terror, viendo á la muerte cerner sobre ellos sus negras alas, lanzáronse al asalto de las pequeñas embarcaciones.

El Padre José y Samoa fueron rechazados violentamente. “¡Los marinos primero! gritaban, ¡los marinos primero!” En vano el capitán se interpone. Su voz no es obedecida. “¡Los marinos primero, los demás después si queda sitio,” seguían gritando con furor que parecía locura.

Algunos segundos después las dos pequeñas embarcaciones se alejaron á fuerza de remos. Sobre el puente del *Saint Colomban* quedaban el capitán, Ivon Le Braz, algunos marineros, el Padre José y Samoa.

—Capitán, preguntó el sacerdote, que guardaba encerradas sobre su pecho las Sagradas Especies, ¿cuánto tiempo nos queda de vida?

—Si Dios no hace un milagro, dentro de veinte minutos habrá desaparecido el *Saint Colomban*. Padre, sólo os resta darnos á todos la absolución.

—Gracias, Dios mío, pues tengo tiempo aún, murmuró el anciano sacerdote.

Y luégo, volviendo su cabeza hacia Samoa, díjole:

—Hijo mío, vamos á morir. ¿Quieres antes recibir al Divino Jesús?

—¡Ah! Sí, sí. ¡Qué felicidad, Dios mío!

Y el niño cayó de rodillas; estaba transfigurado.

Un rayo de inefable alegría brillaba en sus ojos. La muerte no le preocupaba ya. Iba por fin á tener la dicha por cuya consecución hacía tanto tiempo suspiraba. Iba á recibir dentro su pecho á su Divino, Eterno Rey.

—Ruéga, pues, Samoa, dijo conmovido hasta derramar lágrimas el buen sacerdote, ruéga á nuestro Padre que está en los cielos, ruéga á la misericordiosa Madre que tienes en el cielo también, pues vas á recibir á su Divino Hijo.

—Vosotros, amigos míos, añadió dirigiéndose á los marineros, ¡rogad por él, rogad por vosotros y pensad en Dios!

Los marineros se habían arrodillado.

—Padre, dadnos la absolución, dijo el capitán, para que nos sea más dulce el morir.

Y el perdón del Dios de majestad augusta y de justicia y misericordia infinitas descendió sobre las almas de los hombres arrodillados.

El agua continuaba subiendo.

Al lado de Samoa, Ivon Le Braz, dobladas sus fuertes rodillas, dirigía ferviente plegaria; su cara curtida por las brisas del mar, surcada por gruesas lágrimas, respiraba dulce calma y santa paz.

El niño parecía sumido en éxtasis profundo. Iba á morir, henchido su corazón de hermosa y viva alegría.

El sacerdote estaba absorto en muda plegaria.

—¡Padre mío, murmuró el capitán, apresuraos; dentro de diez minutos todos habremos muerto!

El Padre José aproximóse á Samoa y le presentó la hostia santa. Sobre la desmantelada cubierta del buque que se hundía entre los fieros rugidos del airado y feroz océano, repercutió grave, majestuosa, solemne, la voz del anciano sacerdote, que decía:

*Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam æternam.*

El sublime misterio de amor se ha realizado. El corazón del niño palpita unido al corazón de Jesús. ¡Señor tres veces santo! ¡Con cuánto amor debíais fijar vuestros misericordiosos ojos en este tierno niño que acababa de recibirlos! ¡Cómo debíais henchir su corazón de la dulzura sublime que comunicáis á las almas de los que os reciben con

verdadero y santo amor!... ¡Comunión inefable, cuya acción de gracias terminaría en el cielo! Acto sublime que por altar tuvo la cubierta de un buque náufrago y por iglesia la inmensidad.

El agua llegaba ya sobre el puente. Los marineros hicieron la señal de la cruz, la mano del sacerdote trazóla en el aire bendiciendo, y el *Saint Colomban* desapareció bajo las olas.

El sacerdote ha recibido la corona, el niño está cerca de su amado Jesús.

De todos los actores de este drama, continuó el sacerdote, sólo el capitán sobrevivió. Los otros perecieron, y en vano buscaríais sus sepulcros. El Capitán, salvado por un crucero inglés, hízose sacerdote, y este sacerdote, amigos míos, soy yo.

El narrador calló. Religioso silencio reinó en el antiguo salón, iluminado por la indecisa luz de mortecinas lámparas. Los corazones todos sentíanse conmovidos. A la par una oleada de recuerdos queridos afluía á su memoria: acordábanse del día lejano, muy lejano ya, en que por primera vez estrecharon á Dios contra su corazón, y mal contenidas lágrimas brillaban en sus ojos.

¡Felices los que lloran al recordar su primera comunión!

## EL ARTE DE LA LECTURA

PARA LA REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Poca ó ninguna importancia se le presta á la lectura; para la generalidad, llámense maestros ó discípulos, el asunto se considera elemental, de poca monta.

Una vez adquirido el conocimiento de los caracteres alfabéticos, éstos se van componiendo en combinación y forman la sílaba, en seguida la palabra, más tarde la frase, después el período, y cuando éste se lee fácilmente ó sin